

## Europa (y Málaga), como Aventura

**Andreu Ulled**

*Ingeniero de Caminos, Canales y Puertos. Director MCRIT S.L.*

Confieso que, una vez presentada la ponencia que me pidió Margarita Ortega sobre el futuro de Europa, pensaba pasar la tarde recorriendo sin prisa el paseo de los Curas, o el de la Farola, cerca del mar leyendo Manuel Vicent, un final feliz, y merecido, me parecía, a mi periplo mediterráneo de la semana: de Barcelona a Alacant, o Alicante, en tren, para asistir a un debate sobre las infraestructuras del corredor Mediterráneo con un grupo de empresarios y directivos de grandes empresas, y de Alicante pasando por la T4 de Madrid a Málaga, para presentar la ponencia Europa como aventura, pero en lugar de estar paseando o leyendo tan tranquilo aquí estoy, de vuelta en el Congreso de Ordenación del Territorio y escuchando a Sergio Boiser, economista chileno, de la CEPAL, que fue, y de Naciones Unidas, que nos habla ni más ni menos que de los retos que la globalización provoca en las ciudades y las regiones de todo el mundo. Y si estoy escuchando a Boiser, Sergio, y no leyendo Vicent, es porque bebí más vino de la cuenta durante la comida, y terminé seducido por Sergio y sus ideas, expuestas en *El desarrollo en su lugar*, o *Las imágenes el espejo*, títulos inspirados en las metáforas más sugerentes de Borges, y así, una metáfora nos llevó a la otra y casi queriendo sin querer he terminado asistiendo a su ponencia, la primera de la tarde.



Quizás porque Sergio tiene una abuela alemana, y otra francesa, y su padre fue condenado a muerte por un tribunal de Burdeos por no haber querido incorporarse al ejército francés en la segunda guerra mundial, y su hijo vive París y trabaja en la Exposición Universal de Shangai mientras que su hija antropóloga vive en Santiago, como él, quizás por eso, por sus querencias dispersas por medio mundo, Sergio está ya de vuelta de lugares comunes y de explicaciones simples, de la CEPAL y del PDNU, del Fondo Monetario Internacional, y no digamos de ALBA, la Asociación Bolivariana. Le gustan las metáforas, eso sí, y las paradojas, y ahora nos cuenta, a estas horas primeras de la tarde, violáceas, las llaman, lo que hace ya 1.200 años los viejos aconsejaban a sus hijos y sus nietos en África: no importa si eres león o gacela, seas lo que seas tu mandato es “sal corriendo”. O sea: no te entretengas pensando qué es lo que tú eres, o fuiste, o quieres llegar a ser un día, piénsalo mientras corres porque quien no corre, vuela.

Un territorio ganador, y esa es la moraleja del cuento de Sergio, es un territorio que corre mientras piensa, que no se queda dormido a verlas venir. Una ciudad o una región, un país ganador, se transforma para aprovechar las nuevas oportunidades que le brinda la globalización tecnológica, económica, y cultural.

Que es inevitable, en cualquier caso. Como en la naturaleza, el futuro no pertenece a los fuertes que esperan que salga el sol mientras se sanean, ni a los más inteligentes: pertenece a aquellos que, además de anticipar los cambios, son lo bastante flexibles para adaptarse rápidamente a ellos. Porque madrugando sí amanece más temprano. ¡Despierta!, ¡complejízate más que tu entorno!, concluye Sergio, ¡o serás comido, devorado!. Si quieres conservar algo de tu esencia más íntima, tus genes, tus memes, más vale que te adaptes a un mundo que gira más y más deprisa. Este es el primer mandamiento de la ley de la economía regional: "A quien madruga Dios le ayuda". Se trata de permanecer abierto a los flujos incesantes que recorren el mundo, y al mismo tiempo mantener la cohesión interna, interactuar sin complejos ni timideces, dejarse influir para poder también influir en los demás. Ese es el modelo de desarrollo endógeno abierto del que se viene hablando desde los años noventa, dice Sergio. Entonces era una estrategia inteligente, hoy es un imperativo categórico, una cuestión de sobrevivencia.

Pero aún y los esfuerzos de actor dramático de Sergio, y su entrega deportiva, la mayoría de sus oyentes damos cabezadas, derrotados por el sueño, y mal que nos pese a poco a poco se nos cae la cabeza. Pero como hubieron dos quijotes, me digo, habrán dos ponencias de Sergio Boiser: la suya, seria y académica, supongo, y la que yo ahora escribo, como siempre, enredando más que Abellaneda. Pero todavía no es de noche, ni oscuro, a esta hora tan solemne de las cinco y pico de la tarde. Y aunque mi vuelo de Málaga hacia Barcelona sale en par de horas no me rindo y aquí sigo yo, escribiendo, sujeto a las metáforas de Sergio, en el centro de congresos y ferias del Ayuntamiento de Málaga, especie de aeropuerto sin alas que se levanta sobre un bosquecillo de columnas largas y perezosas, que se inclinan, poco menos que cansadas, soportando el peso que tampoco es tanto de una cubierta chapada en un metal que brilla como un Gugenheim cualquiera, otro.

¿Cómo puedo mantener elevado el interés del público después del almuerzo?, me preguntaba Sergio hace un rato, sirviéndome otro vaso de vino, y hablando por los codos de Maturana y de Varela, los dos. ¿Cómo definirías la autopoiesis regional?, le preguntaba yo, hablando de Vigozsky y Luria, los gramatólogos rusos y Bateson, como no, la cibernética, y nuestras peregrinaciones al Instituto de Santa Fe, New Mexico, templo universal de los Complexólogos, y los etnoregionalistas, morada ocasional de Arthur y Krueger, economistas indispensables a estas alturas. Porque fueron ellos los que nos abrieron los ojos hace tiempo a los procesos complejos del desarrollo económico. El impacto de cualquier inversión, o política pública de desarrollo depende de las condiciones iniciales y de contorno del propio territorio donde se implemente, por supuesto, de las decisiones que vayan tomando los agentes sociales, económicos, institucionales, a lo largo del tiempo, de las contingencias imprevistas que sucedan, o no: a corto plazo una autopista o un ferrocarril suele acelerar los procesos económicos preexistente, por ejemplo, y así las ciudades que ya estaban ganando actividades, ganan más todavía, y las que ya perdían pierden más, si cabe, y más rápido, de forma que la complejidad aumenta donde ya existía una masa crítica, y se reduce donde casi no había nada, y desaparece. A medio plazo puede pasar otra cosa, pero no cualquier cosa, ni todo es igualmente probable: es difícil que los territorios perdedores se recuperen, y levanten cabeza,

sin un esfuerzo público que les ayude, o sin un golpe de buena fortuna, sin un cambio de ciclo económico, o la emergencia de una nueva tecnología. A lo mejor le pego al gato en una habitación oscura, nos recuerda Sergio, pero si el gato es negro entonces será poco probable, ¿verdad?. Plassard, del LET de Lyon, estudió el desarrollo económico desde este punto de vista: paradójico, y jugueteaba con el concepto de dotación territorial de infraestructuras, *desserte*, decía él, en francés: *aumentar la desserte peut dessertifier*, recuerdo que una vez nos dijo, riendo. Hay juegos de suma cero, en los que el ganador se queda con todo, y juegos de suma positiva. ¿Cómo crear valor añadido en la interacción entre empresas, ciudades, regiones?, esa es la cuestión, ¿cómo aprender a competir y cooperar al mismo tiempo?. Estamos en la fase tecnocognitiva en la evolución del capitalismo, nos advierte ahora Sergio. Y habrán muchos perdedores y pocos ganadores. Porque aunque la globalización abre ventanas y nos ofrece nuevas oportunidades, hay que saber aprovecharlas.

Este catalán, dice ahora Sergio, refiriéndose a mí, supongo, porque está señalándome con el dedo, y me mira sin disimulo, nos habló en su charla de la *Banane Blue*, ¿recuerdan?. Pues las regiones, las ciudades, las empresas ganadoras en Europa estarán, o dentro de esa banana o conectadas, hiperconectadas, diría, con ella. ¡Hay que apostar por conectarse!. Y dejarse explotar por los otros nodos de la red, perder un poco al principio, para ganar más después. No es evidente, porque si te explotan demasiado y te sacan una ventaja excesiva te quedas a dos velas: la cuestión es complejizarse, da igual si eres gacela o león, no quedarte nunca parado. Dejarse influir, un poco.

Será bueno que yo aproveche que el Pisuerga pasa por Valladolid para añadir al vuelo algo, ahora, sobre lo que dije sobre Europa como aventura. Ni que sea porque eso me pidió Margarita, y porque puede servir para concretar más las metáforas de Sergio, que por cierto sigue señalándome con el dedo, inquisitorialmente. Europa, decía, es la mujer que nunca puedes encontrar, una búsqueda incesante, como en el mito griego de Europa, la hija de Zeus que fue raptada. Europa no existe más que como proyecto pendiente. No es como España, nacida míticamente en 1492 con la expulsión de moros y judíos y el fin de la llamada Reconquista, el Descubrimiento de América, la gramática de Nebrija, y crecida y desarrollada simbólicamente tras la Guerra de la Independencia de 1808, y ahora, después de la integración en Europa en 1986 y la efemérides de 1992, en las que España se quitó de encima casi todos sus complejos de país perdedor que siempre llega tarde. El proceso de construcción de Europa es muy distinto: se basó en generar intereses económicos compartidos para evitar nuevas guerras, a partir de 1950. Así surgió el mercado común y llegamos al euro, a las llamadas políticas comunes y las directrices y los libros blancos y al *European Spatial Development Prospective (ESDP)*, *Prospective* y no *Plan*, pero que no está nada mal, y también al fracaso de la Constitución y a las dificultades para desarrollar un imaginario simbólico compartido, una geografía, una narración de nuestra historia en común, y una visión renovada sobre el otro, el mundo musulmán al sur del Mediterráneo, Oriente Medio, Turquía, el resto del mundo a nuestro alrededor. Porque el mundo que imaginamos no se acaba en Europa: Londres es una ciudad global, París quiere serlo, más todavía, y Madrid no en vano fue capital de un imperio donde no se ponía el sol. Todos acabaremos

teniendo la vida y los sentimientos tan globalizados como los de Sergio. Europa es, para las grandes ciudades y las grandes empresas y las grandes ideas, un escenario de relación entre otros, uno más. Y por cierto, en declive relativo: China y la India ganan enteros. Ya hay más inversiones chinas que europeas, en África. Entonces, ¿qué futuros esperan a Europa?

En el programa de investigación aplicada ESPON, que se desarrolla a partir del ESDP y en el que participan centenares de universidades y empresas de todos los países europeos, tuve oportunidad de estudiar algunos escenarios de futuro con Moritz Lennert, de la Université Libre de Bruxelles, Jacques Robert, y otros colegas: el escenario socialdemócrata (que los liberales visualizan como un pulpo gigantesco que desde Bruselas agarra y cohesiona a todas las regiones a la fuerza, con sus tentáculos llenos de ventosas pegajosas), y el escenario liberal (que los socialdemócratas visualizan como un nido de serpientes nerviosas, comiéndose las unas a las otras, engulléndose). La visión del futuro más socialdemócrata se dibuja con límites regionales, y zonas yuxtapuestas, quiere evitar desequilibrios excesivos entre unas zonas y otras, confía en la capacidad de actuación de los poderes públicos dentro de sus respectivas jurisdicciones territoriales, porque ninguna región debería perder demasiado, ni quedar rezagada; la otra visión, más extrovertida y liberal, se dibuja con redes de comunicación, redes de redes a todas las escalas y nodos interconectados, trata de evitar la congestión excesiva de los flujos, propende a lo híbrido, y las regiones ganadoras de Europa salen a corto plazo más beneficiadas. Es la archisabida dicotomía entre los defensores de distribuir la renta entre los grupos o las regiones más desfavorecidas, por criterios de equidad social o equilibrio territorial, y los partidarios de hacer crecer la renta, mejorando la competitividad. Pero no es tan simple la cosa, porque ambos futuros eran en realidad matices alternativos de un escenario tendencial, baseline, en el argot de este tipo de ejercicios, ajustes de una u otra política, en el tiempo o en la intensidad. Sería justo y necesario poder hacer, un día, esa misma futurología científica en España, que sí se ha hecho en muchas ciudades y regiones.

La asociabilidad es fundamental, pero no es propia de la cultura latina, al menos la que llevaron a caballo los conquistadores a América, se queja Sergio. El rey Juan II de Zamora decía que la ley se acata pero no se cumple. Esa es la visión de lo oficial, en España. Y América Latina fue un constructo de España. El proceso de regionalización en Colombia, en el Perú, en Argentina, ¿a dónde nos lleva?. Tendemos al caos: aún no he olvidado que en Chile por un tiempo, un saco de cemento vacío era más caro que un saco lleno. Eso es incomprensible desde el punto de vista de la economía neoclásica, todos perdían, nadie ganaba, en Chile. Los militares son los más terribles simplificadores de la realidad, por cierto, definen al enemigo y lo eliminan, pero ahora los militares brasileños protegen la Amazonia, tres millones de kilómetros cuadrados. Aquí voy a mostrar un cuadro, nos advierte, que es patético: América Latina participa en el 3,6% de las TIC, pero el 90% es México, y eso en realidad es falso: Latinoamérica no existe en el mapa de las TIC. Vivimos una época paradójica. Para conseguir algo, primero hay que darlo. Dime qué exportas y te diré si eres ganador o perdedor, insiste Sergio. Hay que echar mano de los Sistema Complejos. Coger las paradojas por los cuernos, y dejarse de debates que no importan, que más da si

eres una cosa u otra: no dejes de correr, ni de pensar, todo el tiempo. El desarrollo es, al fin y al cabo, una emergencia que sucede espontáneamente, en unas determinadas condiciones iniciales y de contorno: la política de desarrollo regional debe tratar de propiciar esa emergencia, de estimularla. Hoy en Latinoamérica no exportamos valor añadido: somos unos perdedores netos.

Y por ahí Sergio sigue dando estadísticas del Cono Sur, y yo me extravió en la isla de Townson, ni más ni menos, donde Maturana, un tipo ahora sobre los setenta años, me decía antes Sergio, en la comida, entre copa y copa, vive con una mujer que no tendrá más de cuarenta añitos. Una doctrina asentada en la gente, de activismo social y comunal, llama a la devolución de poderes del Estado a las regiones, y las ciudades, me decía él. Y el desarrollo endógeno llama también a eso. Pero yo dudo que las buenas voluntades políticamente correctas nos sirvan a estas alturas, ¿sabes?. La CEPAL perdió su papel de referencia sobre el desarrollo económico. El PDNU se apropió de eso. Yo respeto el papel de los académicos norteamericanos, porque uno debe ser leal con sus progenitores intelectuales. La Escuela de Chigado es distinta de la de Harvard, o de la de Stanford, una catedral de la ciencia de frontera. Yo no me compro la uniformidad en ninguna parte.

Pero volvamos donde estábamos. ¿Qué regiones son menos dependientes? ¡Aquellas mejor conectadas a la innovación e investigación!, ¡las más complejas! Chile es el primer productor y exportador de salmón, porque la globalización ofrece ventanas gigantescas. ¿Han visto lo que pasa en la India? El crecimiento es un resultado emergente, ya lo dije, resulta de la interacción entre la región y su entorno, en el cual la matriz decisional es exógena, mal que nos pese a una buena parte del mundo, hoy. Pero no, no, en Latinoamérica no somos perdedores. ¡Claro que no!, concluye Sergio arrancando unos aplausos increíbles, porque todos esos bellos durmientes se han despertado de repente, o no se habían dormido del todo, se mantenían ellos también en la frontera, en duermevela entre el sueño y la vigilia.

Tu eres un economista con sentimientos, le dice uno de sus oyentes, chileno, que estudia un Máster de Planificación del Territorio en Barcelona. Y con sentido del humor, añade. Dime: ¿las regiones ganadoras pueden serlo sin perder calidad de vida?

Ximo Farinós habla con otro participante que no conozco, yo esperaba que me dijese algo, para terminar este texto citándole a él, pero me mira y no me dice nada, por si acaso lo cito a destiempo, mientras todo el mundo va saliendo, y también Margarita Ortega, y yo el último, después de Sergio.

¿Qué tal?, me pregunta Sergio.

Te lo digo por escrito, le digo.

Y ya de vuelta a la T4 de Madrid, allá donde regresa el fugitivo, en compañía de Manuel Vicent, ahora sí, porque en la T4 el mar sólo se pueda concebir dentro de un vaso de ginebra, o en un libro de Vicent, y por eso, quien sabe, lo que leo

sobre la Malvarosa y el Bola me recuerda, lo que son las cosas, el olor de ese arrocito en Castellón que un día Ximo y yo nos comimos, mano a mano, hablando del Mediterráneo, y de Europa, esa aventura interminable. Que continuará.